

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Número suelto, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

Trozo de „La eterna vida“

¡Sin Dios! ¡Sin un creador esos innumerables mundos que no puede abarcar la más loca fantasía! ¡Sin un legislador la naturaleza sometida, en sus ínfimos detalles, á inflexibles leyes! Nebulosas decimos que engendraron el sol y los planetas: ¿de dónde salieron? ¿Cómo entraron en ese movimiento de relación que, á nuestro juicio, las convirtió en fuego, en agua, en rocas? Habían de llevar consigo los gérmenes de todo ser y de toda vida: ¿dónde los adquirieron? Me explico por el sistema de Darwin la progresión de la vida, no el origen...

¡Sin Dios! ¡Sin paraíso! ¡Sin infierno! ¿No tendrán, pues, castigo los que vivieron gozando del fruto de sus maldades, ni recompensa los que se sacrificaron por nobles causas? ¿Quién arrostrará entonces el martirio? ¿Quién no buscará por medios ilícitos el disfrute de los bienes de la tierra? La moral se viene abajo.

¡Sin Dios! Voltaire, el más osado de los filósofos, reconoció que lo había. Kant lo negó en su «Crítica de la razón práctica.» Comte, con haber fundado la religión de la Humanidad, no se atrevió á negarlo. Aunque dándole distintas formas, lo adoraron los pueblos todos de la tierra. Han sido siempre pocos los ateos. ¿Se habrá engañado en los siglos de los siglos nuestro linaje?...

No es realmente fácil concebir un ser sin principio ni fin creador de cuanto existe; ¿lo es más concebir sin principio ni fin el mundo, todo mudanzas?...

¡El espacio! He aquí el escollo. Si fué obra de Dios, ¿dónde estaba Dios antes que espacio hubiera? Ni ¿de dónde pudo sacarlo? De espacio necesitaban las primeras nebulosas para existir y rodar sobre sus ejes...

¿No podré nunca desvanecer mi duda? No sin la fe, dicen los teólogos. ¿Puedo acaso afirmar lo que mi razón no afirma? Por tu razón, replican, no rasgarás nunca el velo que te cubre la verdad que indagas. Y ¿sí por la fe? He leído la Biblia, y he casi negado á Dios; tales son los desatinos que entre muchas verdades contiene. No puedo ver en Cristo en Jehová, no lo puedo ver en Dios...

¡Oh Dios! ¡oh Dios! Si existes, ¿por qué no te dejas ver de los hombres? Cruzaras tú el horizonte, aunque fuese en el carro que los profetas describieron, y todos te reconoceríamos y te adoráramos. ¿Por qué rindieron culto al sol tantas y tan distintas gentes sino porque le veían despidiendo luz, calor y vida sobre la obscura tierra? Dicen que quieres que te veamos en tus obras: ¿por dónde sabemos que son tuyas? Sí, este es el problema, esta es la cuestión que me preocupa.

Por no haberte dejado ver de nadie, quienes te concibieron hombre, quienes monstruo, quienes en la plenitud de la vida, quienes anciano, quienes uno, quienes trino, quienes obrando por tí, quienes por divinidades inferiores, por espíritus ó números.

¿Quién eres, por fin, tú? ¡Ay! Lo ignoran los filósofos de todas las escuelas y los sacerdotes de todos los cultos. Ninguno te ve más que por los ojos de la fantasía; ninguno te define sino por una serie de negaciones.

¿Y creo aún en Dios? Ni creo, ni descreo: siempre la duda.

F. PI Y MARGALL

DESBANDADA

No bien el rubicundo Febo comienza á extremar sus rigores, cuando la representación parlamentaria, dilatada por el calor, desborda del templo de las leyes, y se extiende y disemina en tantas direcciones cuantas marca la rosa de los vientos. Quién hay que siente la nostalgia del distrito matritense; quién la de las frescas brisas cantábricas; quién la de los elegantes y cómodos balnearios erigidos por la Providencia cabe los manantiales saludables, propios para reparar las fuerzas agotadas por tareas más ó menos legislativas.

El fenómeno se reproduce periódicamente de año en año con la rítmica regularidad que los solsticios suceden á los equinoccios.

Llegado el momento fisiopsicológico, nada hay capaz de contener la desbandada. La disciplina es tan impotente para lograrla como pudiera serlo para hacer descender algunos grados la temperatura ambiente. Presupuestos, proyectos, interpellaciones, todo queda suspendido, esperando estación de mayor templanza. Todas las mayorías se parecen en esto: la infantil aristocracia conservadora no difiere de la procveta burguesía fusionista. Los hijos del encasillado temen por igual las ardientes caricias del dios que derritió las alas de Icaro. El régimen parlamentario cuenta sólo con legisladores de invierno.

Si, á pretexto de la incoherencia estival, abandonaran los curas sus parroquias, los soldados sus cuarteles, los empleados sus oficinas, los periodistas sus redacciones, el comerciante su despacho, el obrero su taller, el segador su hoz, el agudador su cuba y el cochero su pescante para acudir á refrescar los cuerpos y regocijar las almas en los lugares de su predilección, no hay duda que todos esos prófugos de la labor cotidiana sufrirían grave quebranto por efecto de la licencia de haberse ausentado sin ella. Los legisladores tienen, entre otros, ese privilegio. Pueden desertar de sus tareas y procurarse ocios *ad libitum*. Para ellos solos es una realidad el derecho á la huelga. Pueden llevar donde gusten su inviolabilidad. Su oficio no impone residencia. El arbitrio de los funcionarios es en él más respetado que el cumplimiento de la función. Cuando no hay bastantes para votar leyes, no se votan y santas pascuas. El país espera. A nadie le ocurre que se sustituya á los ausentes ó se les haga venir á ocupar de nuevo sus escaños entre parejas de la xenemérita.

Harto se nos alcanza que la función legislativa no es, si vale la expresión, de chorro continuo. A este título cabría concebir las huelgas intermitentes, por más que haya otras atribuciones parlamentarias; la inspección y crítica de los actos gubernamentales, por ejemplo, que son menos adecuadas, para ejercerse, como se hace la ley, á borbotones. Pero no está el mal en eso. Está en que no sean las exigencias de la función, sino las comodidades del que la cumple, las que determinan los entreactos de la farsa parlamentaria. ¿Qué ley, justicia ó razón establece que deje de ser necesaria todos los años la representación del país en el preciso momento en que un destino inexorable impone á los habitantes de la villa y corte la temerosa alternativa de perecer asados en seco ó cocidos en la propia salsa? ¿Es preciso que el legislador, al revés del oso hormiguero, duerma durante los calores del estío? ¿Hay incompatibilidad declarada entre el Parlamento y la canícula? ¿Existe alguna relación intrínseca que enlace entre sí las necesidades del país y las sofocinas del termómetro? ¿Es cosa averiguada que no se han menester legisladores tan luego como la columna mercurial pasa de los treinta del centígrado?

Para obviar este inconveniente cabría emplear varios procedimientos. Podría pasarse lista á los miembros de la mayoría, borrándolos á las quince faltas. Podría exigirse que cada diputado nombrase un supernumerario, encargado de suplirle en ausencias y enfermedades. Podría elegir cada distrito dos diputados, de invierno y de estío. Podrían ambos Cuerpos Colegisladores celebrar en este tiempo sus sesiones en la Concha de San Sebastián, donde padres y abuelos de la patria desempeñarían su papel parlamentario, jugueteando de paso entre las ondas de Anfitrite.

No es que echemos mucho de menos á los veraneantes. Sin legisladores, sin prohombres, sin altos poderes, Madrid se queda en la estación presente como una balsa de aceite... en ebullición. A decir verdad, más que las tristezas de la despedida, nos acongoja la certidumbre del regreso. Con las primeras brisas otoñales los tendremos aquí de nuevo, solícitos, bullidores, inquietos, obstinados en el empeño, siempre frustrado, de labrar nuestra ventura. Eso es cabalmente lo que causa nuestra zozobra. Nosotros quisiéramos para los eternos labradores de la dicha nacional un viaje de ida sin vuelta, siquiera fuese solo por aquella razón que alegaba el poeta para desear que Dios se sirviera tener en el cielo á sus padres;

Porque no vuelvan acá y á engendrar más hijos vuelvan.

Y ahora que con su ausencia te djan un poco tranquila, aprovecha la ocasión para considerar, ¡oh alma cristiana!, cuán sublimes ejemplos de desinterés y abnegación se ofrecen aquí al pueblo desde las cumbres del Estado.

ALFREDO CALDERON

DE SENTIDO COMUN

Me hacen gracia los liberales y republicanos que dicen que no van contra el clericalismo, por evitar la guerra civil, pues cuanto más se excite á los clericales, se pondrán más rabiosos.

¿Cucos ó inocentes de mi corazón! ¿Quién ha excitado á esa chusma desde que la restauración vino, y qué más ha podido hacer la regencia para halagarlos, mimarlos y engrandecerlos?

Y, sin embargo, se han estado preparando para la guerra, solapadamente

primero y con el mayor descaro y cinismo después.

Hay que desengañarse: el clericalismo es lo que es; aspira á acabar con la libertad en España, y hagan sus enemigos lo que quieran, se muevan ó se estén quietos, lo dejen en paz ó lo combatan, él va á lo suyo; á dominar en toda la línea, y matar todo lo que á su dominación se oponga.

La Iglesia, esto es, el clericalismo (causa y efecto) tiene su plan trazado, y los curas, y los frailes más aún, lo secundan. «Guerra á todo el que procure impedir que nosotros acabemos de arruinar y degradar á España!» dicen. Y en tal sentido obran y á tales impulsos obedecen.

En sus sermones, en su prensa, en todos sus actos, nos combaten, nos echan fuera de la Iglesia. Y nosotros, empeñados en que somos católicos, y en hacer creer á los bobos que no nos metemos con la religión, sino con el clericalismo.

Y para demostrarlo, el mayor número manda sus mujeres y sus hijas al confesonario, lo que equivale á ponerse indirectamente á las órdenes del cura. ¿Qué le importa á éste que el liberal no practique si le entrega su mujer y sus hijas, y por ahí lo expía, lo maniató, lo tiene preso?

Pero hay en la cuestión una parte más grave, cómica á veces; ésta:

La Iglesia condena el liberalismo, aun cuando transije con él en aquellas naciones donde no podría vivir si se mantuviera intransigente.

Y á pesar de esto, los liberales se empeñan en que son católicos, y se resisten á salir de un sitio de donde los echan los defensores de la doctrina, los amos...

Yo, más respetuoso con la Iglesia, acepto sin discutir sus declaraciones, y me someto á sus decisiones humildemente. ¿Me dice que estoy fuera de su seno, por esto, por lo otro y por lo de más allá? Pues bajo la cabeza y digo: «Tú et tienes de esto más que yo; y cuando tú lo dices...»

¿Me asegura que no entraré en el cielo, porque ella, que tiene sus llaves, no me abrirá la puerta? Pues exclamo: «¿Qué vamos á hacerle! Iré donde me quieran recibir, porque no voy á entrar de matute en el Cielo utilizando una ganzuña.

¿Me excomulga? Pues procuro, para no morir de pena, hacer vida higiénica, manera segura de permanecer unos días más por aquí abajo.

Ni por un instante se me ocurre contrariar á la Iglesia en este punto, ni tratar de quitarle la razón, ni protestar contra sus acuerdos. Me resigno cristianamente con mi terrible desgracia, y tan contento, y en paz y jugando.

Y si un día, ¡Dios no lo quiera!, me diese por preocuparme del porvenir de este cuerpocito saleroso allá en la otra vida, mandaría á paseo las ideas liberales, acudiría á la Iglesia, y sepultando mi frente en la ceniza de un quemadero de los tiempos inquisitoriales, entonaríala más indecente palinodia que hayan pronunciado labios humanos.

Pero mientras esto no sea (que no será, ¡lo juro por las once mil vírgenes que nadie vió nunca reunidas!), seguiré sosteniendo que son unos hipócritas redomados ó unos tontos irredimibles los liberales que se empeñan en alardear de católicos á pesar de que la Iglesia les dice que no lo son, que no lo pueden ser, y les da con la puerta en los hocicos.

José NAKENS

CRÓNICA

LA PRIMERA JORNADA

El corto número de sesiones parlamentarias de esta primera etapa de la legislación, que ha de ser la última de la regencia, ha probado una vez más lo baldío é ineffecto del sistema bajo el actual régimen, justificando al propio tiempo la indiferencia del país hacia esa comedia con que se entretienen y matan las horas los personajes de la política y sus satélites de menor cuantía.

De tanto como se ha hablado no se saca nada en limpio. Ni el gobierno ha hecho afirmaciones concretas acerca de su conducta para lo futuro, conformándose con apuntar ideas vagas y nebulosas para responder á la curiosidad de las oposiciones, ni éstas tampoco han hecho gran bincapié que digamos, para arrancárselas más explícitas y claras, contentándose con oír las cuatro vaciedades y lugares comunes dichos desde el banco ministerial.

El proceso de lo más saliente de esta primer período de Cortes, puede hacerse en pocas palabras.

En el debate iniciado con tan poco acierto como fortuna por Silvela contra los re-

publicanos y liberales de Valencia que protestaron de la manifestación carlista que se hizo con pretexto del jubileo, intervino Blasco Ibáñez, defendiendo enérgica y elocuentemente al pueblo valenciano.

El discurso de Melquiades Alvarez sólo ha servido para probar en el Congreso lo que ya tenía probado en otras partes: que es un excelente orador; uno más que viene á formar en las filas de los políticos españoles que hablan bien; pero ni dijo nada nuevo, ni ha traído con su elocuencia otras ideas que las que se conceptúan como viejas teorías de la democracia platónica, mandadas retirar por ineficaces del nuevo programa radical en que se inspira la política republicana.

Otra nota que se ha querido hacer sensacional es el discurso de Canalejas. Después del pronunciado con el mismo tema y sobre igual asunto en la legislatura anterior, el de ahora no ha ofrecido realmente nada de particular. Aquél, como éste, muy bien hablado, clara y brillantemente expuesto el pensamiento; pero en el fondo la misma idea falsa é imposible: la de armonizar bajo la actual dinastía el concepto de democracia con el régimen monárquico.

Alfonso González, dada su filiación política, y desde el punto en que se halla colocado dentro del partido gobernante, estuvo bien al tratar la cuestión clerical y el problema de las órdenes religiosas. Dió una nota simpática y casi casi fué más allá en radicalismo que algunos republicanos. La parte cómica ha corrido á cargo de un señor Irigaray, cuya significación política entre católicos y carlistas aun está por definir, que ha dicho tantas majaderías como palabras, sosteniendo la estúpida teoría de los neos y de *El Siglo Futuro* de que el liberalismo es pecado. No obstante dió un golpe de buen efecto: el revolcón á un colega en catolicismo Ugarte.

De lo melodramático se encargó Silvela, á quien le ha dado la maría, desde que le echaron del gobierno, de alardear en público de una pudibundez exagerada que sirva de máscara al excepticismo que lleva en lo interior.

El marqués del Vadillo, que es por dentro un fraile y por fuera un canónigo con barbas, dió la nota lígubre y tétrica como su persona; sólo le faltó para argumentar su discurso reaccionario, ultramontano y uco, haber llevado á la Cámara el cirio que empuñó en la procesión del jubileo y apoyar con él á los diputados liberales que tuvieron la paciencia y la prudencia de oírle.

También, habo una escena fúnebre que desempeñó muy bien Paraiso. Fué á entonar el *requiescant in pace* de la Unión Nacional. Si ésta no hubiera estado ya difunta ante la opinión pública hubiérala matado el discurso incoloro, incoherente y difuso de don Basilio.

Y dieron la nota final los diputados catalanistas Robert y Rusiñol. Defendieron el programa de Manresa y pidieron al gobierno para Cataluña la descentralización, la autonomía, y el uso de su Derecho civil y su idioma propio. Contestó Sagasta y estuvo poco acertado y oportuno al hacerlo. Habló de España y Cataluña, y esta distinción no debe hacerse. Cataluña, como Andalucía, Extremadura y Aragón, es España. Cataluña es una provincia, una región de España; la más industrial, la más adelantada, la más moderna, todo lo que se quiera, pero española al fin. Ese catalanismo que defienden Robert y Rusiñol es, como ideal político, desde el punto en que en él caben amalgamados carlistas y republicanos, un absurdo. La descentralización administrativa, la autonomía, en el sentido puro de la palabra, la piden todas las provincias de España que viven agobiadas por el peso de este Estado absorbente y rapax que sacrifica al país para sostener el régimen. Sólo que en las otras provincias no han surgido hombres intelectuales de cráneo grande y desequilibrado que dieran á esas justas y legítimas aspiraciones ese carácter regionalista con vistas al separatismo, como ha sucedido en Barcelona, exclusivamente en Barcelona. Ocurrió también que aquí, en Madrid, los políticos de oficio, bien hallados con el actual régimen, han dado en tildar de antipatriótica y separatista toda nota desfavorable al Estado actual y á la monarquía, como si tales protestas contra una política enervante, ruinosa y suicida y esa aversión contra un régimen que tan caro ha costado y tan funesto ha sido á España, pudieran quebrantar la unidad nacional.

No parece más sino que los gobernantes monárquicos pretenden lanzar, no sólo á Cataluña, sino á todas las demás regiones españolas, por la misma pendiente que lanzaron á Cuba. No. El problema catalán, como todo cuanto afecta al regionalismo en España, quedará solucionado cuando los gobiernos sean más patriotas que monárquicos y mucho mejor aún el día que el país, en defensa de sus intereses y de su vida, establezca una República que con procedimientos radicales implante un régimen descentralizador y limite las funciones del Estado á lo estrictamente necesario para el cumplimiento de lo que el pueblo legisle.

Con esta última nota, antipática por parte de los diputados catalanistas, y deficiente por lo que atañe al jefe del gobierno, puede decirse que acabó la primera jornada de estas Cortes.

De la gente nueva que ha venido á ellas no puede decirse nada. Exceptuando á Rodrigo Soriano que tiene ánimos juveniles, que se trae acometividad y que ha probado en esta su primera campaña en cuantos asuntos ha intervenido que es un buen guerrillero, valiente é intencionado, y Alejandro Larrroux, que intervino á última hora, en cuanto tuvo ocasión, sosteniendo allí, entre los rumores y protestas del gallinero alborotado, sus tendencias radicales en el orden político, social y religioso, los demás han permanecido mudos; algunos que fueron allí á título de loros, han resultado mochuelos; otros que fueron en concepto de *banderilleros*, no se han atrevido á salir al hemicio, ni como peones siquiera, á echar un mal capote. Estilo Romero Robledo.

Y la cosa no ha dado más de sí que merezca la pena de ser comentado.

José CINTORA

UNA REFORMA

Para matar el catolicismo, que tan arraigado está en el pecho de los españoles, bastaría con una reforma sencilla en la indumentaria de los curas.

Que en vez de salir á decir misa con alba, casulla, amito, bonete y demás adimniculos, salieran de la sacristía de la vida ó americana, con pavoro ó sombrero de copa, en chancas y sin calcetines, y que recitaran ó cantaran la misa en castellano.

Sólo con que los sentidos del oído y de la vista no fueran sugestionados de la manera que hoy lo son, ¡padris fe!

¡Y lo que se reíría la gente en las iglesias!

¿A que no se atreven los curas, para desmentirme, á ensayar lo que propongo durante una semana?

Otrezco cantar la gallina si lo hacen. ¡A ello, valientes!

LOS NO FANATICOS

«Esta tolerancia y esta amplitud del corazón, que caracteriza todo, porque comprende de todo, es para nosotros sólo como un estorbo... He aquí formula de nuestra legislación: un sí, un no, una línea recta, un fin.»

N. Nietzsch

Me admira la sensatez mostrada por el Congreso de los diputados al debatir la cuestión religiosa. Nuestros representantes en Cortes no están por los fanatismos. Por declararse partidarios de la unidad católica se han burlado del señor Irigaray, como de un ser estrambótico que hubiera caído á nuestro planeta desde la más lejana de las constelaciones. Por iniciar la hipótesis opuesta oyó el señor Soriano el antipático adjetivo *cursi*. Nada de violencias ni de exageraciones. Nuestros señores diputados no son creyentes, ni tampoco in-crédulos; no van á misa, ni dejan de ir; no acatan los consejos del Vaticano, ni los desobedecen; no cumplen los preceptos de la Iglesia, ni sienten el deseo de confesarse francamente fuera de ella. «En la duda, abstente», dice un sabio consejo. «Ni rojos, ni negros», añade don Melquiades Alvarez. «¡Choccolates!» replica Nocedal.

Nuestros diputados no se conforman con abstenerse; necesitan que los demás se abstengan de manifestar sus opiniones con alguna energía. «No prevalecerán, vino á exclamar don Alfonso González en el discurso que le lleva al ministerio de la Gobernación, no prevalecerán aquellos ideales que tratan de imponerse por medio de la fuerza!» «¡No prevalecerán!» repitió don Segismundo Moret. «¡No prevalecerán!» exclamó don Melquiades Alvarez. «¡No prevalecerán!» corearon

los cinco *wadimies* en el lago de asur, que es como Roben Darío, plagiando á Mallarmé, llamaría á los ganos del Parlamento y de la prensa... Y en vista de tan perfecta unanimidad, queda sentado que las turbas militares ó civiles que en Pamplona ó en Valencia interrumpían las procesiones de los católicos, lejos de perjudicar al clericalismo contribuyen á afirmar su poderío.

Es lo que pensaba Libanio, el panegirista de Juliano el Apóstata, cuando á fines del siglo IV de nuestra era, quejándose de las violencias cometidas por los cristianos contra los paganos, escribía al emperador Teodosio: «En cosas de esta naturaleza lo necesario es persuadir y no obligar. Quien, no pudiendo persuadir, emplea la violencia, solo logrará éxitos aparentes y no reales.» El buen Libanio decía á los cristianos de su tiempo, lo que nuestros parlamentarios á las multitudes enemigas de las procesiones: «¡No prevalecerán!»

...Y en qué consiste que han prevalecido durante quince siglos... ¡Es que los cristianos eran tolerantes para con los paganos!... ¡Es que no se atrevían á negar los dioses lares en la plaza pública como ahora se hace, con grave indignación de don Melquiades Alvarez!... Para saber cómo las gastaban los antecesores del señor Irigaray, me atengo al testimonio del propio Libanio: «Esa gente vestida de negro, y que come cual manada de elefantes, corre